

La responsabilidad de las bibliotecas con los autores de los libros de su acervo

(Más desafíos para los bibliotecarios)

Guillermo Schavelzon

La importancia social, educativa y cultural de las bibliotecas no es necesario señalarla en esta revista, está fuera de toda discusión. Ningún país y ningún ciudadano a ciudadana podrá progresar sin tener a su alcance libros para leer. El intenso trabajo que las bibliotecas hacen hacia afuera, con la comunidad, se amplía cada vez más, pero también se requieren acciones hacia atrás, atender a las responsabilidades que hay en el camino que recorren los libros hasta llegar a las bibliotecas. Me refiero a los autores, las librerías y las editoriales.

18

Escribir es un trabajo

En los veintidós siglos transcurridos desde que se originó el mecenazgo, en el año 68 a. C. con Gaio Cilnio Mecenas, las cosas han cambiado demasiado. Hoy vivimos en una sociedad donde se han establecido unas normas regidas por criterios del capital, en la que la exigencia de rentabilidad es el primer objetivo. Para una biblioteca, como para la sanidad o la educación pública, esta es una coyuntura difícil de atravesar, porque su existencia se basa en un criterio de servicio que, aunque traerá grandes beneficios económicos a futuro, no son medibles, no se puedan mostrar en un balance anual.

Pensemos en los autores de los libros que forman una biblioteca. Ningún trabajador, artesano, profesional, comerciante o

industrial, realiza su actividad si esta no es rentable o cuenta con un apoyo financiero que, en algún momento, tendrá que devolver. Trabajar implica recibir una remuneración por hacerlo. Nadie trabajaría sin cobrar. En cambio, el escritor es un personaje atípico y singular: trabaja escribiendo, y aunque espera que una vez que termine será publicado como libro, **lo hace sin cobrar**. Los escritores trabajan después de haber hecho otro trabajo que le permite pagar los gastos de manutención, lo hace por las noches, en los fines de semana, en las vacaciones, con las consecuencias que implica en sacrificios personales, sociales y familiares. Sin cobrar.

Si su escrito llega a ser publicado (todos los libros disponibles en las bibliotecas son manuscritos que se llegaron a publicar), el autor podrá recibir una remuneración, cobrando un porcentaje sobre el precio del libro, que suele ser del 10 % del precio que paga un lector al comprarlo.

Aquí aparece una primera contradicción: en la tradicional “cadena de valor del libro”, que comienza por el autor y termina por el lector, atravesando traductores, editores, correctores, diseñadores, impresores, distribuidores y libreros, el autor, que es el primer eslabón porque con su texto comienza todo lo demás, resulta ser el último en cobrar, entre seis meses y un año des-



Biblioteca del Sistema de Bibliotecas Universidad de Antioquia, Seccional Puerto Berrio, 2022.

pués. Una transferencia de dinero del lector al autor, que demora un año en llegar, resulta incomprensible en la época de la velocidad digital.

Escribo esto en la semana en que murió el Papa Francisco, por lo que me pareció interesante señalar que no fue Carlos Marx, sino otro Papa, León XIII, quien en 1891 emitió una Encíclica intentando regular las relaciones entre el capital y el trabajo, pos-

tulando una justa retribución. Han pasado ciento treinta y cuatro años y pareciera que estas cosas no han podido cambiar.

Hay una segunda contradicción incomprendible en el mundo del libro y la edición: resulta que **al escritor no se le paga por su trabajo –que es escribir–**, sino por los libros que vendió, cuando vender es el trabajo de la editorial. Desde la lógica del autor, es un poco extraño. ¿Alguien imagi-



Salas de estudio, Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, 2025.

na posible que el papelero, el impresor o el encuadernador, cobre según cuándos ejemplares se venden? No lo podemos ni imaginar, porque está claro que imprimir es un trabajo, y como tal se debe pagar, en cambio, el de escribir pareciera que no lo es. Un escritor, además de un creador, es también un proveedor de la editorial.

Cuánto cobra un autor

Si un libro cuesta veinte dólares y al autor le corresponde el 10 %, recibirá cuando se venda dos dólares por ejemplar. Si se venden mil, terminará recibiendo dos mil dólares.

¿Qué tiene que ver todo esto con la bibliotecas? Supongamos que una de ellas compra un ejemplar de un libro, paga los veinte dólares, y el autor recibe dos. Luego la biblioteca lo presta a mil lectores, pero el autor solo recibió dos. ¿No suena a que algo está mal? De ninguna manera quiero criticar o dejar de tener en cuenta la función gigante que cumplen las bibliotecas, pero ¿tienen claro los bibliotecarios que los préstamos se hacen con base en no remunerar al autor ni al editor? No es así en todo el mundo, pero todos, alguna vez, tendremos que revisar esta situación.

Hay muchos países que reconocen un derecho al autor y otro al editor, por cada vez que un libro se presta. Al autor porque lo escribió, y a la editorial porque ha invertido para transformar un manuscrito en un libro y también merece una remuneración. Da igual si se trata de un libro impreso o de uno digital.

Las bibliotecas de Canadá, Suecia, Dinamarca, Finlandia, Noruega, Australia, Nueva Zelanda, Alemania y algunos países más, pa-

gan una pequeña cantidad al autor y al editor cada vez que prestan un libro. Las leyes reconocen que escribir es un trabajo y quien se beneficie con él tiene que pagar a quien lo generó. Como las bibliotecas son públicas y gratuitas –como deben ser para cumplir su función–, contemplan esto en sus presupuestos. Además, las bibliotecas compran en las librerías de su comunidad, para apoyarlas, y no interferir en su funcionamiento.

Las bibliotecas existen porque ha habido y hay escritores que escriben y editoriales que hacen los libros. Eso implica un compromiso social recíproco, que corresponde cuidar.

Comparar la situación de las bibliotecas de países pobres con las de países ricos podría parecer superficial, pero mi intención no es hacer ningún reproche, sino proponer a las y los bibliotecarios que reflexionen sobre esta cuestión, que en algún momento habrá que afrontar.

Para que un país pobre pueda ser rico las bibliotecas son esenciales, y para que tengan buenos libros, tiene que haber quienes los puedan escribir y quienes los puedan publicar. Retribuyéndoles por hacerlo.

Guillermo Schavelzon (Buenos Aires, 1945) fue editor independiente en Argentina y en México, director de grandes grupos editoriales en Madrid y en Buenos Aires. En 1998 fundó la agencia literaria Schavelzon Graham, que dirigió durante veinte años y hoy continúa. Vive en Barcelona y trabaja como consultor editorial para escritores y para editoriales pequeñas y medianas, y gestionando acuerdos de escritores con el mundo audiovisual. Colabora en diversos medios profesionales y publica un blog sobre estos temas: www.schavelzon.com